

# SIMPATÍA POR EL TRAIDOR

MANIFIESTO POR LA TRADUCCIÓN

*Mark Polizzotti*

Traducción y nota final

*Íñigo García Ureta*

Trama editorial

Título original:

*Sympathy for the Traitor: A Translation Manifesto*

© Mark Polizzotti, 2018

**IMAGEN DE CUBIERTA**

© Íñigo García Ureta, 2020

**TRADUCCIÓN Y NOTA FINAL**

© Íñigo García Ureta, 2020

**DE ESTA EDICIÓN**

© Trama editorial, 2020

Zurbano, 71 Ofic. 2

28010 Madrid

Tel.: 91 702 41 54

trama@tramaeditorial.es

www.tramaeditorial.es

ISBN 978-84-121874-5-8

DEPÓSITO LEGAL M-18665-2020

Impreso en Kadmos

## ÍNDICE

Prólogo a la edición española .....	9
Introducción: reglas básicas .....	13
1. ¿Es posible traducir? .....	19
2. Santos, mártires y espías .....	35
3. El lenguaje puro .....	51
4. Esa bella infidelidad .....	65
5. Los silencios entremedias .....	91
6. Simpatía por el traidor .....	109
7. A punto de perder el equilibrio .....	119
8. El albaricoque de Adán .....	133
Agradecimientos .....	143
Nota del traductor .....	145
Bibliografía seleccionada .....	151
Notas .....	155



Éste es para Jacky



## PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

**L**eerse a uno mismo en una traducción es, sin lugar a dudas, un suceso estimulante y desorientador. Cada vez que ocurre me siento como si me presentaran a un desconocido en una fiesta, sólo para acabar descubriendo que ese desconocido soy yo mismo. Mientras conversamos advierto pequeños detalles que van haciéndose evidentes: tal vez sus zapatos brillen menos que los míos, pero su traje está muy bien cortado y conserva el pelo. Y a medida que hablamos, y voy descubriendo que comparte mis mismas opiniones y dice cosas similares a las mías, caigo también en la cuenta de que en ocasiones se expresa mejor que yo, lo que no deja de ser un asco.

Con un libro como *Simpatía por el traidor*, la experiencia amenaza con convertirse en una especie de *mise en abyme*: una galería de espejos que multiplican hasta el infinito aquello que reflejan. He aquí un autor que asimismo es traductor y que ha escrito un libro sobre la tarea de traducir, en diálogo con un traductor sobre su traducción de un libro sobre la tarea de traducir –un traductor que para colmo también es autor–. Los reflejos que desprende esta galería de espejos pueden repetirse hasta el infinito y por consiguiente resultarnos potencial e infinitamente confusos. Por fortuna, eso no ha sucedido.

El caso es que al leer esta traducción y cruzar correos con Íñigo García Ureta sobre numerosos asuntos grandes y menudos he aprendido mucho, no sólo de lengua española (de la que con-

fieso tener un dominio pobre de solemnidad) como, paradójicamente, sobre mi propio texto (y eso que de éste creía saber un poco más). No quiero resultar indiscreto, pero esto ha sucedido mientras mantenía una correspondencia muy parecida con un autor francés al que estaba traduciendo y que, como yo, albergaba todo tipo de dudas e incógnitas sobre la elección de palabras, el tono, el efecto y todas esas cosas con las que un escritor adora preocuparse. También los traductores, por cierto; como todos los escritores, nos enorgullecemos de nuestro trabajo y mostramos una querencia muy personal por nuestras palabras, por lo que a veces cuando alguien osa cuestionar nuestras bien ponderadas decisiones podemos comportarnos como un *gruñón* –término que aprendí mientras leía esta traducción– cualquiera. Ojalá haya contestado a las preguntas de mi autor con el mismo garbo que mi traductor al dar respuesta a las mías.

Porque, como afirmo en las páginas que siguen, el libro que tienes en las manos es, en todos los sentidos, el producto de dos autores. Y como sucede en cualquier pareja que colabora, no siempre se coincide en todo. En ocasiones mi coautor español transmite un pensamiento o una expresión de una manera que reconozco de inmediato, que siento en los huesos, pero en otras me sorprende o incluso me descoloca. Algunas veces se adapta, empeñado en colar en el territorio del español una expresión característica que de otra manera no obtendría el consabido visado lingüístico. Y otras veces, como ese pesado al que me acaban de presentar en la fiesta –el que se parece y no se parece a mí–, simplemente lo dice mejor.

Como también afirmo en estas páginas, leer una traducción –leer cualquier cosa, punto– es una mera cuestión de confianza. En primer lugar, tú, la persona que lees, debes fiarte, creer que sé de qué hablo y que lo que tengo que decir vale la pena. Pero hay más: como lector de una traducción, debes también confiar en que nuestro autor, el intermediario, lo ha transmitido como debe, en que lo que vas a leer tiene sentido y funciona... algo que, por obvio que parezca, no se produciría del mismo modo de haber



sido traducido este libro al francés, al albanés o al chino. (Y aquí no me refiero sólo al uso de distintas palabras, por supuesto, sino a que entonces los enfoques, las estrategias y las adaptaciones serían también diferentes, así como lo serían esas ocasionales invenciones únicas destinadas a que mis pensamientos y expresiones en inglés encuentren un lugar en esas lenguas y culturas específicas.) Y yo, como autor, debería mostrar una idéntica confianza, al igual que mi autor francés ha tenido que confiar en mí. En las páginas que siguen cito una estadística militar de Estados Unidos según la cual en tiempos de guerra los intérpretes tenían diez veces más probabilidades de morir que los soldados, precisamente por falta de confianza. Como decía más arriba, por fortuna...

Estamos tan acostumbrados a buscar respuestas que a veces olvidamos lo fructíferas e instructivas que pueden ser las preguntas. Este libro contiene su justa medida de opiniones, que no he dudado en endilgarte, pues después de todo pretende ser un manifiesto. No obstante, lo que de verdad quiero es proveerte con las herramientas necesarias para que alcances tus propias respuestas o, mejor aún, con aquellas necesarias para que puedas plantear tus propias preguntas. La traducción es una práctica infinitamente maleable, e infinitamente atractiva –tanto para el lector, o al menos eso me gusta pensar, como para quien la practica– y lo que de verdad deseo es que estas páginas te ayuden a advertir y ponderar algunos aspectos de ella que tal vez habías pasado por alto. Si sus zapatos brillan más o menos, y por qué, ese tipo de cosas. Mientras tanto, vaya mi gratitud a *Simpatía por el traidor* (en oposición a *Sympathy for the Traitor*) por haberme demostrado que, en última instancia, mi convicción de que prácticamente cualquier cosa puede ser traducida, y bien traducida, era menos quijotesca de lo que temía.

Mark Polizzotti  
Nueva York, mayo de 2020



## INTRODUCCIÓN: REGLAS BÁSICAS

**P**ara algunos, la traducción es la prima pobre de la literatura: apenas una quimera, el último recurso, un mal necesario, cuando no una absoluta parodia. Para otros, marca el camino hacia la comprensión intercultural y el enriquecimiento literario. La traducción difumina los límites entre arte y artesanía, originalidad y réplica, altruismo y negocio, e incluso entre genio y hackeo. Vladimir Nabokov (él mismo un traductor notable) definió la tarea de traducir como «El parloteo de un loro, el chillido de un mono, / de los muertos la profanación», mientras que otros escritores como Ezra Pound, Samuel Beckett, Robert Lowell, Elizabeth Bishop, Kenneth Rexroth, Ted Hughes, John Ashbery, Lydia Davis o Harry Mathews –por no mencionar a Charles Baudelaire, Jorge Luis Borges, Osip Mandelstam, Boris Pasternak, Paul Celan, Cesare Pavese, Yves Bonnefoy, Haruki Murakami o Peter Handke– han realizado traducciones que son auténticas maravillas literarias. En un momento en que el mundo entero está a un solo clic de distancia asombra advertir la cantidad de ideas erróneas que aún se asocian con la traducción, cuando –hablo desde la perspectiva estadounidense– autores como Roberto Bolaño, Karl Ove Knausgaard, Patrick Modiano, Elena Ferrante, Stieg Larsson, Clarice Lispector, Umberto Eco y Marguerite Duras, por nombrar sólo algunos, aportan obras importantes al panorama literario. Hoy, cuando por fin se reconoce que la traducción es cada vez más relevante, sigue llaman-

do la atención cuántas ideas erróneas aún pululan alrededor del tema.

Este libro nació como un intento de dar respuesta tanto a esos conceptos erróneos como a ese discurso de naturaleza abstracta que con mayor frecuencia envuelve a los estudios sobre traducción. Pretendo reconducir el debate hacia líneas más fructíferas; abordar la accidentada reputación que la traducción ha adquirido en siglos y siglos de estudios literarios, lingüísticos y filológicos; compartir algunos de los problemas y soluciones que he descubierto tras traducir más de cincuenta libros en casi medio siglo y sensibilizar a los lectores –tanto a los conocedores como a los neófitos– no sólo sobre la complejidad y retos que intervienen en toda traducción, sino también sobre su decisiva importancia. En gran medida, el modo en que usamos el lenguaje, el modo en que pensamos y estructuramos nuestro mundo, las noticias que leemos o los clásicos que estudiamos nos llegan gracias a alguna forma de traducción. Sin ésta sabríamos mucho menos, no habríamos encontrado muchos de los textos que hoy damos por sentado y que constituyen la base de nuestra cultura «nacional». Tendríamos una visión aún más provinciana y distante de nuestro lugar en la vasta marea de la humanidad. Más que nada, espero dibujar un retrato del arte y el oficio de la traducción. Un retrato que ayude a sus lectores a ver la traducción no tanto como un problema que debe ser resuelto, como (cuando se hace bien) un logro que debe celebrarse o –por robarle a Goethe la memorable descripción que brindó en una carta a Thomas Carlyle– como «una de las más importantes y valiosas preocupaciones en la totalidad de los asuntos del mundo».<sup>1</sup>

En lugar de esforzarme por brindar respuestas definitivas, que no creo que existan, voy a centrarme en las cuestiones principales: ¿cuál es el objetivo final de una traducción? ¿Qué significa tildar una traducción de «fiel» o «infidel»? Y, ya puestos, ¿resultan útiles estos criterios? ¿Qué responsabilidad ética tiene el traductor para con el lector y el texto de origen? ¿Es inevitable «perder» algo en la traducción, o también se puede ganar algo? ¿Puede y

debe una traducción mejorar el original? ¿Qué hace que algunas versiones canten y otras chirríen? Y en última instancia, ¿importa la traducción? Y de ser así, ¿por qué importa?

Existen muchas y muy legítimas historias de la traducción y este breve libro no pretende ser una más, aunque dedicaremos un capítulo entero a la descripción histórica, de forma muy selectiva. De igual modo, no abordaremos las adaptaciones de obras a otros medios, como *El gran Gatsby* adaptada como canción pop o *À la recherche du temps perdu* en forma de novela gráfica. Si bien es legítimo considerar cada uno de estos ejemplos como formas de traducción –tal como propone, por ejemplo, Roman Jakobson–, hacerlo nos habría desviado del destino final. Además, incluso en lo estrictamente lingüístico la traducción ya es bastante compleja.

En mi descargo, debo apuntar que aquellos que se hayan acercado a estas páginas en busca de una nueva y llamativa teoría de la traducción no deben molestarse en seguir leyendo. Ya corren muchas por ahí que van de lo preceptivo a lo inaccesible (por no hablar de las que resultan simplemente ininteligibles) y no me interesa hacer más ruido. Consideremos esto más bien como una «anti-teoría» o quizás como una mera aproximación, eso sí, armada de sentido común. No se me escapa que apostar por el sentido común no es tan apasionante como abrazar una posición extrema, pero, tras examinar una serie de posiciones extremas, admito que no sirven de mucho a la hora de ver qué es una traducción –o, como propone el traductor David Bellos, de saber *qué hace*– y, a decir verdad, como enigmas muchas de ellas ni siquiera emocionan.

Mi objetivo, en cambio, es animar a quien me lee a pensar en la traducción de otra manera, brindar a mis lectores algunas sugerencias sobre cómo leer no sólo las traducciones, sino también el mismo acto de traducir. Consideremos este libro como un manual y un manifiesto: un descarado ejercicio que opina sin pelos en la lengua sobre qué es y qué no es una traducción; que discute sobre qué funciona y qué no, y que lo hace desde un punto de vista pragmático, filosófico, histórico, ético, ambicioso, performa-

tivo, económico, práctico, polémico, inquisitivo y, así lo espero, también resueltamente anticuado. Para evitar confusiones, admito desde este mismo instante que he sacado la mayoría de mis ejemplos e interrogantes del mundo de habla inglesa, por lo general de Norteamérica, y que, salvo que se diga lo contrario cuando hablamos de «traducción», debe entenderse «traducción literaria», aunque también he tomado ejemplos de otras disciplinas cuando lo he juzgado conveniente. Y aunque muchos ejemplos provienen de mi experiencia traduciendo del francés, los asuntos que ilustran pueden y deben aplicarse a otras lenguas.

Dos principios rectores guían el debate que sigue a continuación. El primero es que los traductores son creadores por derecho propio, al mismo nivel y a la par con cada autor traducido. Gregory Rabassa, un reputado traductor del español al inglés, ha postulado que el traductor es «el escritor ideal, porque lo único que debe hacer es escribir; ya se le han proporcionado la trama, el tema, los personajes y todos los demás elementos esenciales, por lo que puede limitarse a sentarse y escribir lo que le dé la puta gana».<sup>2</sup> El segundo principio es que la traducción es ante todo una *práctica*. Por muy fascinantes que resulten los innumerables enfoques teóricos desde los que uno puede abordar el tema, creo que en última instancia lo que cuenta es el resultado final, el fruto de la actividad de traducir.

En mis cuatro décadas como traductor en activo he tenido la oportunidad de trabajar en todo tipo de géneros, desde la ficción más experimental (algo que emprendí cuando era demasiado joven para saber lo que sé hoy) hasta el *thriller* más convencional, pasando por libros de filosofía, manuales técnicos, biografías, poesía, tratados de historia del arte o análisis político. Me he enfrentado a unos cuantos desafíos y, también, en algunos casos, me he topado con soluciones por pura suerte. Lo que todos estos retos me han enseñado es que, si bien algunos asuntos básicos se repiten una y otra vez —en especial aquellos relacionados con la voz, el enfoque, los lectores, las restricciones que se deben observar y las libertades que se pueden tomar—, las solucio-

nes rara vez son las mismas de un libro a otro. Cada nuevo título nos exige replantearnos las respuestas a los interrogantes que presenta y, aunque ciertas pautas pueden resultarnos útiles, ninguna teoría o dogma puede reemplazar el trabajo del traductor que lidia con un texto en sus propios términos tras haber diseñado una estrategia concreta. En otras palabras, a pesar de las afirmaciones de innumerables comentaristas desde la Antigüedad hasta nuestros días, no existe ningún método mágico y universal. A la hora de escribir se instituyen leyes que luego se quiebran y más tarde se vuelven a crear, y con cada nuevo proyecto reinventamos la rueda. Si hay una regla básica de traducción, ésta bien puede ser que no hay reglas básicas.